

nómada, viviendo hoy aquí, mañana allí, por los caminos y las posadas...

LA VIDA ROMÁNTICA EN ÁVILA, TOLEDO, VERUELA...

—Estuvimos mucho tiempo recorriendo pueblos, y Valeriano pintaba los tipos populares, en tanto Gustavo Adolfo escribía sus cuentos. En Villaciervos se mandaron hacer unas capas populares que las hacía el sastre cortando el paño extendido en el suelo. Eran de paño blanco, para ir montados en jamelgos por las nevadas, y tenían una especie de capucha de monje, y eran largas, hasta los pies. Recuerdo que delante iba siempre Gustavo, caballero en su mula, resaltando su melena y sus barbas negras de aquella capucha blanca de cartujo. Detrás íbamos, en otra mula, mi padre y yo, muy triste con aquella vida. Me acordaba con mucha pena de Madrid y del Salón del Prado, con sus árboles y las barquilleras, y



Doña Julia Bécquer, en su juventud

los corros de niños, que cantábamos canciones tan bonitas:

En Francia nació un niño
de padre natural;
por no tener padrino,
Mambrú se ha de llamar.

Así estuvimos en Calatayud, en Ocaña, en Burgos. Parando en las posadas, aquellas posadas tan exactamente descritas por Gustavo, "con sus arcos chatos y macizos, que se cruzaban entre sí, dejando el espacio en sus huecos a una larga fila de pesebres, y, diseminados por el suelo, las enjalmas de una caballería, los pellejos de vino, las gruesas sacas de lana, sobre las que comían, sentados en corro y con el jarro en primer lugar, los arrieros y trajinantes". Por la noche, mi padre cogía la guitarra y cantaba habaneras en el patio de la posada:

Una rubita como un rubí,
hacia la playa la vi pasar...

Cuando había luna llena, tocaba la flauta; melodías melancólicas, recordando la tristeza de sus amores con la Winnefred. Mientras, Gustavo Adolfo dejaba que la luna plateada trazase sobre el campo su triste sombra. Pero durante el día, todo era jolgorio y alegrías. El pintor y el poeta jugaban con nosotros como dos chiquillos. Valeriano nos hacía dibujos, en que nos representaba en miniatura paseando por el campo. Gustavo Adolfo nos hacía teatritos de cartulina, pintados por él. En una de las habitaciones de la posada ponía sillas en fila, encima de la mesa el teatro, y él se metía entre las hojas de un parapeto de telas, desde donde manipulaba los personajes de una comedia inventada por él, con el título de *La perla de la India*...

A mi padre le encargaron el retrato de una novicia



Doña Julia Bécquer, con su hija y sus nietos.

muerta en el convento de las Carmelitas. Lo entregó Gustavo, teniendo que pasar el umbral de la puerta del locutorio. Y, como tocase con un pie el lugar de la clausura, las monjitas se atemorizaron, persignándose...

"¡Don Gustavo, por Dios; que profana usted la clausura!... ¡Por Dios, don Gustavo!..."

Por fin, regresamos a Madrid. En la muerte de Narváez, se halló Gustavo a su cabecera, y presidió el entierro. Por cierto que se armó una tormenta y el clero y el acompañamiento tuvieron que dejar solo al coche fúnebre, por lo que el pueblo se decía que "se lo habían llevado a Narváez los diablos"... Fue la última vez que recuerdo haber visto vestido de frac a Gustavo Adolfo Bécquer... Sus amistades comenzaron a ser bohemios pintorescos y necesitados...

TIPOS DE BOHEMIOS AMIGOS DE BÉCQUER

—A Rodríguez Correa, amigo de Gustavo desde sus primeras andanzas por Madrid, el marqués de Salamanca le había dejado vivir en una finca suya de la calle de Claudio Coello. Rodríguez Correa llevó allí a Bécquer, que ocupó un piso. Allí venían tipos muy pintorescos de poetas. Venía uno, llamado Puerta Vizcaíno, que traía un perro de Terranova, amaestrado por él, y en el que cifraba todo su orgullo. Puerta no tenía casa, ni hogar, ni nada que cerrar detrás de aquella Puerta de su apellido. Venía siempre al anochecido, y se sentaba al balcón a cantar canciones románticas y habaneras.

Dame tus ojos, niña,
por una noche;
porque con ellos quiero
matar a un hombre.

Cuando no se le decía que se quedase a dormir, se iba de muy mal talante, y, adrede, se dejaba olvidada la bufanda, o sus guantes rotos, o el bastón, con que, al poco rato, oíamos a la puerta el removerse de su perro de Terranova, que volvía por aquellos objetos olvidados, y nos acariciaba las manos, como pidiéndonos hospitalidad... Entonces nos quedábamos con el terranova. Y era la señal para que el pobre Puerta Vizcaíno volviese y se quedase a dormir. Otro bohemio era Augusto Ferrán, autor de *Soledad*, libro de bala-

das. A éste le vimos entrar un día muy flamante, y nos dijo que había heredado dos millones de un tío suyo. Se instaló en el Hotel de París y se agenció una compañera elegantísima, doña Bienvenida, a la que llamaba *Bien* o *Mi Bien*... Bécquer hacía viajes al monasterio de Veruela, en el Moncayo. Estaba enfermo del corazón. Se sentía morir. Vivía pobremente, y Fernando Fe le adquirió sus obras. Todas. ¡Le dió por ellas setenta y cinco pesetas!...

JULIA ESPÍ, LA MUSA DE LAS "RIMAS"

—La verdadera musa de las *Rimas* existió. Se llamaba Julia Espí Calibrand, y era hija del director de orquesta del Real. Sus balcones estaban orlados de campanillas azules. Era rubia, con melena de rizos, los ojos verdes; vestía lujosamente trajes de *mouré*, con tornasoles y reflejos y una gran lazada a la espalda. Por esta mujer llevo yo—dice doña Julia Bécquer—el nombre de Julia. Cuando yo iba a nacer, mi padre escribió a Gustavo, y éste contestó que sería el padrino, pero con la condición de que si nacía niña se le pusiera el nombre de Julia.

Julia Espí se casó con el amigo de Bécquer Rodríguez Correa. Gustavo Adolfo debió amarla intensamente, y ese amor le inspiró la belleza profunda de sus *Rimas de amor*, esas *Rimas*, que han llenado de gotas de rocío el alma de todas las mujeres de España... Estando yo interna en el Sacre-Coeur tuve la revelación de que mi padrino, Gustavo Adolfo, era un gran poeta. El ya había muerto. Mi tía Adelaida no me había dado a conocer nunca sus versos. Pero todas las colegialas, mis compañeras, los sabían de memoria y los recitaban llorando...

"¿Y de quién son esos divinos versos?", pregunté un día a mi condiscípula María Bertinatti, hija de una marquesa muy conocida en Madrid.

"¿Pero tú lo ignoras?—me dijo—. Son de Gustavo Adolfo Bécquer, tu padrino."

Y añadió, en son de misterio:

"Yo le vi una tarde por la calle de la Princesa. Iba yo con mi hermano y nos cruzamos con Gustavo Adolfo. Entonces mi hermano, indicándome al que acababa de pasar, me dijo: "Mira: ése es el poeta de las *Rimas*, Gustavo Adolfo Bécquer, que tanto te gusta leer en la *Ilustración Española*." Me volví y él se había vuelto también, y miré largamente."

EMILIO FORNET